



Crónica Literaria

Por ALONE

"Vejeros sin ancla", novela, por Enrique Neiman (Orbe, 1974).

— "No sea fanático" — dijo.

Y sus ojos, sus lindos ojos verdes, chispearon.

En un comienzo, sorprendido, contuvo la risa. Pero mi cometido asustado se destruyó presto, dando paso a un chorro, a una cascada de risa.

Me ref. Cierta, ref. con el alma, con el cuerpo. Todo en mí era una explosiva carga. ¿Tanto tiempo —yo lo sabía bien— sin que una espontánea carejada escapara del bloqueo de mi cárcel de angustia!

— "No sea fanático" —

Cierta tensión excesiva del estilo, una prosa como apresurada e insegura de persona que se siente mal y no acierta en el matiz de las palabras ni en el corte de la frase, desalientan un poco al lector desde las primeras páginas y le hacen vacilar entre seguir la lectura o suspenderla ahí, hasta nueva orden. Porque si comienza a ese paso ¿qué irá a ser lo demás? Cierta que la novela es corta y el sacrificio no será muy largo; pero hay tantos otros libros esperando, cada uno con su insignia adentro...

Sin embargo, no mucho después y no sin alguna sorpresa siente el aguijón de la curiosidad. Precisamente, ese desajuste de la prosa que se siente en postura incómoda, la nerviosidad de los adjetivos evidentemente exagerados y un no sé qué de imperfecto al par que refinado le incitan a reabrir el pequeño volumen (121 páginas) y ver qué pasa. Virtud de las novelas en que la acción domina y los personajes marchan.

Esta vez son dos.

Un cincuentón provinciano, más exactamente sanfernandino, hombre acomodado, con su casa, su automóvil, su mujer y sus ojos, a quienes ama de verdad, aficionado mediocre a pintar acuarelas en las que no funda vanidad alguna, pero que le han dado, pobreza del ambiente, un prestigio de casi maestro; he aquí que, de pronto, inesperadamente y cuando menos lo pensaba, la flecha, la terrible flecha. Nunca fue un ingenio y tuvo, como todos, antes de casarse, sus aventuras; lo suficiente para advertir que ahora no se trata de lo mismo.

La cosa venía desde atrás, desde que un grupo de "muchachas en flor", tal vez sería mejor decir en agram, porque apenas llegaban a los estores, irrumpieron en su casa a pedirle, como ayuda en sus apuros de colegiales, lecciones elementales de pintura. La explosión infantil pasó, alegre y sin consecuencias, pero no sin su encanto.

Esta que ahora llegaba venía de allá, hecha y derecha, toda una jovencita, blanca y rubia, dorada, de ojos verdes, terriblemente luminosa y con ese algo inquietante, lanzado, audaz, de la joven que maneja automóvil y siente el mundo a sus pies.

Viene de Santa Cruz. Enrique Neiman gusta puntualizar y no rehúye ni distraer los nombres geográficos. Buena costumbre. Por desgracia, la frase carece demasiado a menudo de naturalidad y se adorna un poco a la fuerza:

"Palabra. Eres muy linda, Ana María. Podría ser sincero. ¿Por qué no? ¿Qué cortapisa existía, cuál impedimento, para que no respondiera con franqueza, variando más sentenciosos, variando en palabras el apunte de mis ojos, impugnando a mi agotada primavera?"

Ganas dan de recordarle el inerte consejo:

— Llévese, muchacho...

Podría, sin embargo, alegarse, aquí como al comienzo, que lo afectado de la frase traduce gramaticalmente la turbación del espíritu, el desasosiego, la desafinación del que se siente en mala postura.

El aficionado a la acuarela ¿es un tímido? Porque, en el fondo, se trata de un problema sexual y pone frente a frente dos

edades, dos generaciones, dos caracteres que son lo más opuesto, la moza sin problemas ni historias, que avanza con natural soltura por su camino y el hombre atado de pies y manos por toda clase de lazos, conyugales, filiales, sociales y hasta de negocios en los que una historia ligeramente audaz podía repercutir con perjuicio.

No pasa nada.

Y eso es lo extraño. Los personajes van, vienen, hablan y una aventura se insinúa de tal manera común que hasta empieza a perderse el interés de la curiosidad. La que, sin embargo, se mantiene porque algo "en el corazón le avisa" a los lectores que aquello no va a desarrollarse y concluir, sobre todo a concluir, como las demás historias.

Ahí está el talento de Enrique Neiman. No diremos que precisamente engaña al que le sigue; pero lo mantiene en una prolongada incertidumbre. Un maestro en el arte de amar afirmaba que toda la ciencia para conquistar a las mujeres consistía en saber "organizar la incertidumbre".

Enrique Neiman lo consigue y, cosa más rara aún, lo consigue booradamente. Tal vez podía observarse cierto escamoteo de las dificultades. Resulta poco verosímil que en una pequeña ciudad como San Fernando y dada la situación que él ocupa en ella, nadie lo haya molestado por la resplandeciente riqueza de Santa Cruz que llega a visitarle no pretexto de consultas artísticas y lo pasea ostentadamente por los sitios más hermosos junto al Tinguiririca, los más hermosos como paisaje y también los más propicios para que nadie los estorbe en su dudosa intimidad. ¿Un hombre casado, con mujer y con hijos, con amigos y es seguro también con algún enemigo, allí donde faltan los temas de conversación y no abundan los romances clandestinos...? Vamos.

Pero el destino ha dispuesto que todas las puertas se abran y todos los caminos se ofrezcan para que el héroe y la heroína marchen a su perdición y la tragedia estalle.

Hay más.

Hay un viaje a Santiago en que los dos se encuentran. Y entonces ya las cosas pasan de castaño obscuro y lo que debía suceder ya parece no sólo inevitable sino inminente que ocurra. ¿Cómo irá el autor a salir de aprietos? Del lado de ella no se divisa inconveniente alguno. Es él quien los halla, los sufre, se los imagina, padeca, lucha, gime. Es que ese hombre inverosímil posee todavía adentro el antiguo aguijón de la conciencia. No puede resolverse a cometer la casallada. Todo está listo. Han ido al cine juntos, ella se ha dejado tomar la mano; en seguida, la cena de lujo en el barrio alto, terminada con champaña, tal como se debe. ¿Qué falta? Falta todo. Pese al gabinete privado, a la impunidad segura, a la absoluta independencia, la lucha entre el ángel y demonio que se trava en él no ha terminado. El aborreo al ángel y lo maldito, edia su lenguaje:

"...Un orgasmo no dura más de dos o tres segundos. No vale la pena que sumerjas tu vida en la mierda por dos segundos de placer, polemiza con dialéctica diabólica, con frialdad nauseabunda, mi ángel maldito. Es la más linda de las mujeres, es una virgen, vino contigo porque deseaba entregarse a ti, me estimula el demonio".

No cometeremos la indiscreción de contar la novela hasta el fin. La curiosidad y el suspense tienen sus derechos. Los del comentarista deben detenerse en el reconocimiento de que, pese a todo, entre reparos y protestas, ha leído hasta el fin la novela que Enrique Neiman titula, por no muy claras razones, "Vejeros sin Ancla". (1)

ALONE

(1) Una observación únicamente sobre el desenlace: es tan absurdo que no parece inventado. Sólo la realidad se atreve a desafiar a la realidad.

"Veleros sin ancla" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Veleros sin ancla" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile